

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

NECROLOGÍAS

DE LOS

SEÑORES ACADÉMICOS DE NÚMERO

FALLECIDOS DESDE 1.º DE JULIO DE 1885

escritas y publicadas en virtud de lo que dispone el art. 52 del Reglamento de dicha Corporación.

TOMO I

CONTIENE LAS DE LOS SEÑORES  
POSADA HERRERA, GUTIÉRREZ FERNÁNDEZ,  
RODRÍGUEZ VAAMONDE, GISBERT, CONDE DE TORENO,  
MARQUÉS DE REYNOSA,  
RUIZ GÓMEZ, MADRAZO, ALONSO MARTÍNEZ,  
MARQUÉS DE BARZANALLANA, PERIER, MENA Y ZORRILLA,  
FUENTE (D. VICENTE DE LA),  
MARQUÉS DE LA FUENSANTA DEL VALLE  
Y CÁNOVAS DEL CASTILLO



MADRID

IMPRESA DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS

Juan Bravo, 5 — Teléfono 2.198.

1898



# NECROLOGÍA

DEL EXCMO. SEÑOR

## D. FELICIANO RAMÍREZ DE ARELLANO

MARQUÉS DE LA FUENSANTA DEL VALLE

Leída ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en la sesión de 1.º de Junio de 1897, por el Excmo. Señor Marqués de la Vega de Armijo, individuo de número de la misma.

### SEÑORES ACADÉMICOS:

Cumplo hoy el encargo de nuestro digno Presidente, que sin duda, sabiendo la antigua amistad que me unió siempre con el Marqués de la Fuensanta del Valle, ha creído que yo debía ser el que rindiere, á nombre de la Academia, este último tributo al que fué nuestro compañero.

Acepté con reconocimiento, pero no sin el temor de no cumplir como merecía aquel á quien justamente premiaron, llamándolo á su seno, dos Reales Academias.

Era para mí doloroso relatar tiempos que en gran parte pasamos juntos y de los cuales no queda ya más que el recuerdo. Cuando uno y otro formábamos cálculos sobre nuestro porvenir y considerábamos lo que cuestan siempre los primeros pasos de la vida cuando se ha llegado á la edad de las aspiraciones, solía decirme: «Con paciencia, estudiando y trabajando, se llega á todo.» Saludable consejo que nos confortaba en nuestro desfallecimiento á veces, y que hemos recordado más tarde con verdadera complacencia. Animábame, no obstante, á realizar el encargo que recibí del Sr. Presidente, lo mucho que satisface hacer com-



prender á las generaciones futuras hasta dónde puede llegarse con una vida modesta, pero consagrada constantemente al estudio, como llegó nuestro antiguo compañero.

Siempre son grandes las dificultades para dar novedad á esta clase de trabajos; pero lo son doblemente en este caso, pues por desgracia, el paso de Fuensanta por esta Real Academia ha sido tan breve, que ha hecho imposible la realización de las esperanzas que todos teníamos en él, y más particularmente yo que, desde los primeros años de la juventud, pude apreciar cuánto valía.

Su carácter reservado, al parecer, y su excesiva modestia le daban un aspecto que en nada correspondía á lo que era Fuensanta en el seno de la confianza y la amistad: narrador como pocos, gracias á su portentosa memoria, deleitaba en la conversación particular, y el número de cuentos y anécdotas retenidos en su cerebro hacían pasar las horas con rapidez extraordinaria.

Aún recuerdo, en la biblioteca del castillo de Mos, adonde solía pasar los veranos, rodeado de viejos y jóvenes, oírle referir episodios de personajes casi desconocidos de nuestra historia, que atraían de tal modo á sus oyentes, que hacían olvidar por largas horas las delicias del campo gallego, sin igual en aquella época del año en nuestra España.

Otras tardes eran los sucesos de la antigua guerra de la Independencia, que parecía al relatarlos que había sido un testigo presencial; y más tarde, conocedor perfecto de la historia de Francia é Inglaterra, hablando de ellas, hacía lo que otros muchos habrían llamado conferencias dignas del Ateneo.

No eran sólo de esta especie los temas de su conversación, pues la amenizaba á veces con anécdotas tan chispeantes, que algunas iban demasiado lejos; lo que podía hacer impunemente, por ser siempre en aquellas tardes su auditorio exclusivamente del sexo masculino.

¡Qué efecto habrían producido en el público, bajo el modesto título de episodios históricos, esas conversaciones, si hubieran podido ser recogidas por un taquígrafo! Nada de esto podrá



jamás ver la luz pública; con aquella vigorosa imaginación ha desaparecido para siempre, y sólo en la memoria de los que, como él, también desaparecerán, han quedado grabadas las gratas impresiones que entonces recibieron.

Tenía, sin embargo, un defecto bastante común ya en España, con gran detrimento de las letras patrias: el de no legar á los contemporáneos aquel tesoro de saber, consecuencia natural de sus profundos estudios.

Fuensanta, como tantos otros, ha bajado al sepulcro dejando escasos escritos. Es, sin embargo, notabilísimo el que con el modesto título de «Noticias de Martín de Cereceda», aparece en el tercer tomo de las campañas de Carlos V, publicado por la Sociedad de Bibliógrafos españoles con el título de «Tratado de Martín García de Cereceda»; en este trabajo, como en los artículos publicados en la *Revista de España*, «Los graecos y la Democracia romana», el «Estudio sobre el Consejo de los diez» y «Almanzor», tradición cordobesa, publicada en el primer tomo de los trabajos de la Sociedad Económica de Amigos del País de Córdoba, y de que ya me ocupé al ingresar Fuensanta en la Academia de la Historia, se ve todo lo que podía esperarse, no sólo de su vastísima erudición, sino de su exquisito gusto literario. Por eso es más de sentir que aquel lector infatigable, que horas antes de morir dejaba abierto por las páginas 408 á la 409 el tomo III de *L'Histoire des Romains* de Victor Duruy, no nos haya legado más trabajos que aquellos de que llevo hecho mérito.

Verdad es que si Fuensanta no ha dejado propiamente un libro, ha dejado tal tesoro de ciencia en los luminosos prólogos que ha puesto en la obra que tantos servicios ha prestado á la historia, dando vida, por decirlo así, á infinidad de documentos inéditos, que por sí solos darían una profunda idea del saber que muy particularmente distinguió al hombre modesto de que me estoy ocupando. Quizás él mismo contribuyó, con su excesiva desconfianza en sí propio, á que pasara hasta cierto punto desapercibido, no para los hombres pensadores, que el cultivo de las ciencias les hace descubrir á aquellos de ver-



dadero mérito en dondequiera que se encuentren y que coronaron su saber dándole entrada en nuestra Academia y en la de la Historia, sino para esa generalidad que, sin ser el verdadero vulgo, da y quita reputaciones.

No me cansaré de protestar contra semejante costumbre, que priva á nuestro país del fruto de poderosas inteligencias y que, de seguirse por hombres de igual valía, irán quitando á nuestra Patria elementos que podrían hacerla aparecer como rebajada en el nivel intelectual, comparada con otras naciones.

No tienen derecho á hacer, sean los que fueren los móviles que á ello les lleven, semejante derroche de ingenio y de saber los que bien quieran á su patria, y cuanto la crítica dura haga contra ellos será justificado; que no es lícito privar á las generaciones futuras del saber que aquellos que pasaron pudieron transmitirles, sirviéndoles á la par de enseñanza y estímulo.

Por desgracia en España todo se exagera; y mientras que se prescinde del juicio imparcial de la posteridad para tributar los más insignes honores que antes sólo se concedían durante la vida á los soberanos, pasa desapercibido el trabajo constante del que con laboriosidad va reuniendo datos que esclarecen y reforman juicios de nuestra historia patria.

Desde muy joven, cuando aún estábamos en las aulas, ya Ramírez de Arellano, que era como entonces le conocíamos, buscaba y rebuscaba papeles y libros en los puestos de libros viejos, que era lo único que á la sazón estaba al alcance de su modesto peculio. Mientras que otros en francachelas y diversiones encontraban su entretenimiento, él pasaba las noches estudiando; costumbre que hemos visto conservó hasta su muerte.

Desde entonces principió á reunir la importante colección de historias de las ciudades y villas españolas que se conserva en su escogida biblioteca, compuesta de más de doce mil volúmenes y para la que construyó un salón especial en su casa de Córdoba.

Aunque nació en Cádiz el 9 de Junio de 1826, siempre fué tenido por cordobés; tal era el amor que tenía á esa provincia, de



que eran naturales sus padres. Así es que allí hizo sus estudios, que después completó en Sevilla y Madrid, donde acabó su carrera de Abogado.

Apenas cumplió 25 años, fué Juez de primera instancia de Pozo Blanco, de entrada, más tarde de Montilla, de ascenso, y después de término en Jaén, viniendo luego á ser Juez de las afueras de Madrid en 1861.

Nombrado entonces Gobernador de Málaga, pasó al poco tiempo de Magistrado, primero á la Coruña y más tarde á Pamplona.

En este último punto hizo notables estudios en la biblioteca de aquel Cabildo, que por desgracia no han visto, como tantos otros suyos, la luz pública.

Vino luego de Oficial segundo al Ministerio de Gracia y Justicia, del que salió para Magistrado, en comisión, de Cáceres, volviendo al citado departamento en Octubre de 1868, en donde desempeñó sucesivamente los puestos de Oficial primero, Jefe de Sección y Director general de los Registros civil, de la Propiedad y del Notariado.

Consejero de Estado en 1883, fué por último Ministro del Tribunal Contencioso-administrativo desde el año 1888 hasta su muerte, ocurrida en Córdoba el 29 de Mayo de 1896.

Si fuéramos á enumerar las comisiones que desempeñó y las condecoraciones que por sus méritos obtuvo, vendríamos á convertir este trabajo en una hoja de servicios; baste saber que, entre las condecoraciones que poseía, era caballero Gran Cruz de Isabel la Católica.

Fuensanta, respetando el valer de todos, no era hombre á quien preocupaban los honores, y las dos veces que fué Senador electo por la provincia de Córdoba, no significó ambición política, que nunca sintió.

Sus libros, la Sociedad de bibliófilos, de la que era uno de los más entusiastas y trabajadores miembros, y la obra magna, por decirlo así, de sus trabajos literarios, los « Documentos inéditos para la historia de España », de que ya me he ocupado, eran su principal placer.



Cuando ingresó en esta Academia y en la de la Historia, abrigaba yo la esperanza que en una y otra dejaría testimonio permanente de su saber en luminosos escritos; pero, por desgracia, pocos años ha estado entre nosotros, y esos sufriendo constantemente de la penosa enfermedad que le llevó al sepulcro.

Observador profundo, y habiendo presenciado de cerca tantos y tan notables acontecimientos, si en España hubiera la costumbre de otros países de escribir memorias, las del Marqués de la Fuensanta del Valle habrían sido notables, relacionado como se encontraba con hombres importantes de todos los partidos y con una serenidad de juicio que le hubiera permitido describir los hombres y las cosas de una manera gráfica.

Sin embargo, no ha dejado ningún escrito de esta especie; lo cual es tanto más singular, cuanto que este era el principal consejo que daba á todos los que en nuestros tiempos hemos figurado en la política, y más de una vez le he oído decir que, por mal escrita que esté una memoria, siempre tiene algo de provecho para la historia.

Fenómeno singular el de un hombre consagrado al estudio, admirador del progreso humano y que, atesorando ciencia bastante para dejar un rastro de su saber que había de facilitar grandemente el estudio á los que le siguiesen, por una parte consigna estos mismos conceptos en sus trabajos y, por otra, pasa la vida rebuscando libros inéditos, algunos de ellos los publicó á su costa, hace que vean la luz pública multitud de obras para muchos eruditos desconocidas, reúne preciosos documentos para la historia patria y no formula en cuartillas aquellos juicios exactos sobre hombres y cosas, que con tanta gracia hacía en sus conversaciones particulares.

Pocos como yo pueden apreciar lo sensible que este descuido ha sido para conocer el valor del hombre á quien está consagrado este trabajo, y para ello no ha de estrañarse que procure investigar cuáles hayan podido ser las causas que lo motivaron, y que, al averiguarlas, han de ir haciendo conocer al hombre cuya necrología me ha encomendado la Academia.

Un tanto escéptico en la manera de considerar los hombres



y las cosas, quizás contribuyó este mismo espíritu á no querer formular juicios á que, después de todo, tal vez encontraba explicación; pero esta misma presunción mía no le liberta de la inexplicable contradicción de no haber realizado lo que con tanta instancia recomendaba y que el creía tan oportuno como elemento para la historia y las funestas consecuencias de su abandono en esta clase de asuntos.

No dejará también de haber contribuido á ello su poca afición á la política.

Vivía entre los hombres políticos, y más de una vez fué nombrado Senador, como ya he dicho en este mismo escrito; puesto que, á mi juicio, aceptó más como muestra de afecto de sus conciudadanos, que como medio de tomar parte en las luchas parlamentarias; y cuando de las cuestiones políticas departía, lo hacía con una frialdad de juicio que más parecía un narrador de los sucesos que un hombre político que en ellos figuraba.

Lo cierto es que estas contradicciones, cuya explicación he procurado en vano, nos privan hoy de elementos que es muy difícil y casi imposible sustituir, dadas las condiciones del sujeto, sus relaciones y el tiempo en que ha vivido, uno de los más accidentados de la historia contemporánea.

Por desgracia, como he dicho al principio y no me cansaré de repetir, su rápido paso por esta Academia y el estado de su salud, que necesariamente había de influir en su ánimo para tratar los asuntos más diversos, no me permiten considerarle bajo el punto de vista académico. Todas mis esperanzas el día que le daba la bienvenida, recordando los primeros años de nuestra juventud y la coincidencia de encontrarnos, á las puertas de la vejez, nuevamente reunidos en esta Academia, han desaparecido ante la inexorable realidad de la muerte.

Bien quisiera haber correspondido á las causas que impulsaron á nuestro digno Presidente á encargarme este trabajo, entre las cuales, como ya he dicho también al comenzarlo, debió ser la principal el tributo á mi amistad hacia el Marqués de la Fuentana del Valle. Otros lo habrían llevado á cabo ciertamente con más lucimiento, pues á veces el mucho cariño á la



persona ayuda más á sentir que á expresar esos mismos sentimientos.

El conocimiento que la Academia tenía de su valer suplirá ciertamente lo que, á pesar de mi buen deseo, no haya estampado en éste, última prueba de amistad que consagro á su memoria.

---